

El gran banquete tradicional ofrecido al pueblo por el tsar en una llanura á las puertas de Moscou debía celebrarse el 20 de septiembre. Durante los días que precedieron, veíase en las calles á los oficiales de policía invitando *á comer con el emperador* á todos los mujiks que encontraban, encargándoles éstos á su vez que dieran las gracias al soberano. El 20 de septiembre, en la llanura de Petrowski, un número infinito de mesas, con montones de carne, de pan y de tortas, cubrían un espacio de más de una versta cuadrada. Muchas fuentes con cabezas de leones vertían en otros tantos estanques torrentes de vino, de *kwass* y de te. Para el tsar se había construído un pabellón morisco, y el emperador, siguiendo el ejemplo de sus antecesores, debía presidir el banquete popular. Detrás del pabellón había ocho galerías cubiertas, destinadas para los grandes dignatarios del Estado y los individuos del cuerpo diplomático. El emperador llegó á caballo, rodeado de los grandes duques y seguido de un numeroso estado mayor; apeóse, y después de hablar unos momentos con las princesas y los embajadores, montó de nuevo para recorrer la llanura. Volvió al pabellón imperial y presidió el banquete gigantesco, que fué seguido de numerosos divertimientos: circos, columpios, montañas rusas y teatros gratuitos donde se representaban escenas de la historia nacional.

Al día siguiente 21 de septiembre la distribución de víveres, las libaciones y los juegos comenzaron otra vez en la llanura de Petrowski; el emperador volvió, á pesar de una lluvia torrencial, y fué recibido con el mayor entusiasmo. En el momento de su llegada se elevó por los aires un globo cargado de confites y de divisas. Al retirarse el soberano invitó á los embajadores á reunirse con él en el castillo de Petrowski, donde se había preparado un almuerzo para ellos. La multitud permaneció hasta la noche entregada á sus manifestaciones de contento, disputándose las vituallas y la aproximación á las fuentes con alegre porfía.

El 22 de septiembre el emperador ofrecía en el Kremlin una fiesta á la clase media, á los comerciantes y á las diferentes clases obreras de Moscou. Era lo que se llamaba un «baile de máscaras,» aunque no hubiese en la fiesta ni caretas ni disfraces. Según antigua costumbre, suprimida por el emperador Nicolás, los tsares y los individuos de su familia llevaban sobre su traje en semejante circunstancia un pequeño manto de seda; este disfraz no se usaba ya; pero se conservó

el nombre de «baile de máscaras.» No se ejecutaban en él danzas propiamente dichas, sino *polonesas*, especie de marchas solemnes al compás de la orquesta, en las que tomaban parte el emperador, la emperatriz y los personajes de su corte. La fiesta del 22 de septiembre reunió á quince mil convidados: el tsar se presentó con uniforme de comandante de la milicia nacional; las dos emperatrices, las grandes duquesas y las damas de la corte llevaban todas el traje nacional y por tocado el *kakochnik*, sobrecargado de perlas, de diamantes, de esmeraldas y de rubíes y del cual pendía el velo de tul y de blonda. Los vestidos de brocado de oro y plata estaban festoneados de pieles, y sus inmensas colas bordadas arrastraban por el suelo, mientras que en los corpiños deslumbraban las pedrerías. Veíanse trajes originales y pintorescos; *mujiks* de largo ropaje de paño azul ó verde, circasianos con la túnica recamada de oro y plata, y mujeres de Tarjek con el tocado enriquecido de perlas. Durante la *polonesa*, el emperador condujo primero á la emperatriz y después á las grandes duquesas, dando la mano á las embajadoras y á varias grandes damas. Luego recorrió todas las salas del palacio. En la larga galería, cuyos decorados recuerdan los emblemas de la orden de San Andrés, y donde aparecen las águilas negras de Rusia sosteniendo el escudo imperial, el trono estaba colocado bajo un enorme pabellón de oro forrado de armiño, y á la izquierda se habían puesto sobre una consola las insignias imperiales, confiadas á una guardia de honor.

Se había separado el trono de la asistencia por una balaustrada dorada, semejante á la que hay en el palacio de Versalles delante del lecho de Luis XIV, y que se permitió á los embajadores franquear. Alrededor de la sala del trono se habían puesto mesas cubiertas de saleros y platos de metales preciosos, ofrecidos con el pan y la sal por las innumerables delegaciones. La fiesta terminó con una cena de dos mil cubiertos, para la cual se había convertido en una sala inmensa el patio del Kremlin.

Se dieron tres grandes bailes, el primero por el embajador de Inglaterra, el segundo por el de Austria y el tercero por el de Francia. En casa de lord Granville, una tienda blanca y roja, adornada de flores, simulaba una fiesta naval en la cubierta de un navío; en casa del príncipe Esterhazy, una sala blanca y oro, refrescada por una gran fuente, era como un salón del palacio de Viena transportado á Moscou.

El baile de la embajada francesa se celebró el 29 de septiembre. La fachada del palacio se había iluminado con vasos de colores, rojos, azules y blancos; y en cada peldaño de la escalera, flanqueada de árboles verdes y de flores, veíanse lacayos empolvados, con librea blanca, encarnada y oro. La gran sala de baile era magnífica, con sus adornos de color azul claro, su enrejado dorado, cubierto de hiedra natural y saliendo de un partrerre de flores; sus medallones, representando Amorillos con ramos de rosas; sus enormes espejos, que aumentaban la extensión de la sala, reflejando las luces; sus seis arañas; su gran cúpula, difundiendo una claridad aumentada por la de las lámparas, dispuestas de trecho

en trecho en jarrones de flores; su estrado con cortinas de seda azul y sillones de brocado oro y blanco, para el emperador y la familia imperial, y su orquesta, colocada en una especie de terrado con balaustrada dorada. Una puerta del salón de baile conducía á las otras salas. La una había sido transformada en galería de cuadros, donde se admiraban los magníficos lienzos traídos de París para el embajador; la otra, precioso gabinete de muselina blanca y seda azul, estaba destinada para la emperatriz; y en la tercera había un inmenso *buffet*, detrás del cual hallábanse maestresalas con librea morada y oro, calzón blanco y medias de seda.

A las diez se anunció la llegada de los soberanos. El embajador bajó con todo su acompañamiento para recibirlos al pie de la escalera. Precedidos de lacayos que llevaban candelabros, y seguidos del embajador, SS. MM. entraron en el gran salón de baile; la orquesta tocó el himno nacional ruso, y después se formó una *polonesa*, dirigida por el conde de Morny, dando el brazo á la emperatriz y seguido del emperador, que daba la mano á la baronesa de Seebach, hija del canciller de Nesselrode y esposa del ministro de Sajonia en París. Siendo célibe el conde de Morny, había rogado á la baronesa que se dignase hacer con él los honores de la fiesta.

Dejemos ahora la palabra al mismo embajador. He aquí cómo hace la descripción de su baile en un despacho dirigido en 30 de septiembre al conde Walewski: «El emperador y la familia imperial han asistido la semana última á los bailes que les ofrecieron los embajadores de Inglaterra y de Austria. Ayer tuve á mi vez el honor de recibir al emperador, que se presentó en la embajada de Francia, acompañado de la emperatriz, del gran duque Constantino y de la gran duquesa, de los grandes duques Nicolás y Miguel y de todos los príncipes extranjeros que se hallan en Moscou. El emperador, vistiendo el uniforme blanco de sus caballeros guardias, llevaba el gran cordón de la Legión de Honor y la placa. Al entrar me dijo: «Señor embajador, hoy tengo el honor de llevar por primera vez el gran cordón que por conducto vuestro me ha enviado el emperador Napoleón, y me alegro mucho de que sea en vuestra casa.» Durante toda la noche, el emperador y la emperatriz se han mostrado sumamente bondadosos, y me han hecho el honor de permanecer en la embajada desde las diez de la noche hasta las dos de la madrugada, tomando parte en una cena antes de retirarse. Yo había reunido alrededor de SS. MM. el cuerpo diplomático y lo más escogido de la sociedad de San Petersburgo y de Moscou, así como los principales funcionarios militares y civiles del Imperio. No me corresponde á mí elogiar mi baile; pero séame permitido decir, según lo que juzgo por la impresión general, que para haber sido la última fiesta de la coronación, el baile de la embajada de Francia no fué la menos brillante.»

El conde de Morny había sido realmente el más fastuoso de los embajadores.

LXII

FRANCIA Y RUSIA

Era llegada la hora en que podía pactarse entre Francia y Rusia una verdadera alianza, duradera y definitiva. Por un concurso providencial de circunstancias, los enemigos de la víspera habían llegado á ser los amigos del día siguiente; los rusos tenían mala voluntad á los ingleses y á los austriacos, pero no á los franceses. Declaraban que la guerra entre el emperador Nicolás y Napoleón III no había sido más que una funesta mala inteligencia, y que Francia hizo en Crimea el negocio de Inglaterra, más bien que sirvió sus propios intereses. Se agradecía al emperador de Francia su actitud durante el congreso de París, y habíase resuelto recompensarle. Con su gran sentido político el conde de Morny reconoció que era llegado el momento psicológico para un acuerdo que debía ser igualmente útil á las dos naciones; y observador perspicaz, echó de ver en Moscou, tal vez más que en San Petersburgo, que las buenas disposiciones para Francia existían, no tan sólo en las esferas oficiales, sino en todas las clases de la sociedad rusa.

Cada cual se decía que Inglaterra hubiera deseado continuar la lucha para destruir toda la marina de los rusos, y que Napoleón III era el único que lo había impedido. M. de Morny escribía desde Moscou al conde Walewski el 3 de septiembre de 1856: «Nos han dicho: — Habéis sido rudos enemigos, pero generosos y humanos, pues jamás hicisteis una guerra de salvajes, y sabemos que á la moderación del emperador Napoleón se debe que la paz se haya hecho: no podemos decir otro tanto de vuestros aliados. — He aquí lo que nos repiten el oficial, el comerciante, el pueblo, en fin.» El embajador añadía en el mismo despacho: «Cuanto más de cerca miro la Europa, más me convenzo de que la fama de una gran moderación y de una perfecta lealtad es lo que hoy puede dar á un gobierno la mayor fuerza moral. Por eso puedo aseguraros que aquí se profesa al emperador de los franceses un respeto verdadero, gran admiración y una fe absoluta en su palabra. El príncipe Gortchakoff no se cansa de hablar sobre este punto, y lo hace abiertamente; dice que su política de treinta años triunfa, y que es la alianza con Francia, la cual consideró siempre como la más natural y ventajosa para Rusia.»

«Francia, dice, no es cometa revolucionario, sino planeta regulado en su curso por un soberano hábil y firme.» — Este lenguaje, bajo todas las formas,

es el de todo el mundo y el de todos nosotros en todas las clases. Fuera de las cortesías oficiales, se nos hace la más cordial acogida; nuestros oficiales son acogidos con amistosa distinción, y sin cesar resuenan en nuestros oídos las palabras admiración y simpatía por Francia. ¿Será una consigna? No lo niego; pero las consignas que tan bien se dan y tan generalmente se aceptan y respetan, acaban por ser un espíritu público. Os repito lo que ya os he dicho, y es: que procediendo con talento, podemos hacer aquí muchas cosas sin ofender á nadie.»

No había la menor nube en las relaciones de los dos gobiernos. Hubiérase podido creer que el título de duque de Malakoff, concedido por Napoleón III al mariscal Pelissier, excitaría en Rusia algunas suspicacias; pero no fué así. El conde Walewski había dirigido á M. de Morny el siguiente parte telegráfico, fechado el 14 de agosto de 1856: «El emperador ha nombrado al mariscal Pelissier duque de Malakoff, y esperamos que esto no resentirá á nadie en San Petersburgo.» El embajador contestaba en 5 de septiembre: «Siempre se me olvidó deciros que cuando recibí vuestro telegrama anunciándome la creación del ducado de Malakoff, me pregunté con qué hábiles argumentos podría hacer tragar mejor esta píldora al gobierno ruso. Hasta me preparaba para conseguir que se considerase la elección de este título como una atención delicada, pues el nombre de Sebastopol hubiera sido más lógico, más grande, más glorioso, pero también más ofensivo para Rusia; mientras que Malakoff no existe ya, no es más que un punto y tan sólo recuerda un hecho de armas brillante. Una vez armado de estos argumentos, me decidí á no decir palabra á nadie; pero ninguno me ha dicho una palabra, y así es como he conducido esta espinosa negociación. Estoy bastante dispuesto á servirme con frecuencia de este proceder, y creo que en muchos casos tendrá un éxito casi infalible. Anticiparse á la objeción, es á menudo darla nacimiento.»

El conde de Morny veía muy bien que los recuerdos dolorosos entre Francia y Rusia se podían borrar para siempre. «No me es posible, decía, abstenerme de pensar en nuestra situación de 1815. Recordemos que algunas potencias nos pusieron entonces el pie sobre el cuello; mientras que otras, más generosas, nos alargaron la mano; las unas nos han dejado un sentimiento de amargura; las otras, á pesar de su hostilidad y de nuestra humillación, no nos inspiraron rencor. La situación es, poco más ó menos, la misma para los rusos.... Mostrarse equitativo y benévolo sobre puntos que no tienen importancia es granjearse su agradecimiento á muy poca costa.... Mi opinión, por lo tanto, es que, sin hacer nada que pueda alarmar á Inglaterra, debemos persistir seriamente en las disposiciones amistosas, en las preferencias que manifestamos á Rusia, no descuidar ninguno de los pequeños detalles que llegan á ser motivos para estrechar las relaciones, como tratados de comercio, cambio de buenos procedimientos y atenciones; en fin, todos esos medios al parecer insignificantes, para hacerse mutuamente agradables, de que disponen los gobiernos y de los cuales pue-

den servirse tan fácilmente. Cuando llegue la hora, sin que la dignidad se comprometa de una parte ni de otra, seguro estoy de que me darán aquí pruebas exteriores y públicas de una buena inteligencia más íntima. Me he guardado bien de dar á conocer este deseo, y no he dicho una sola palabra sobre el particular; pero me extrañaría mucho no obtener buen éxito si se me encargase de negociar un resultado de esta especie.» Los despachos de M. de Morny honran su memoria; su lenguaje es el de un diplomático hábil, de un patriota perspicaz y de un verdadero hombre de Estado.

El conde de Morny consideraba el presente con certero golpe de vista; leía en el porvenir como un profeta, y echaba de ver perfectamente que Francia excitaba grandes envidias; que no podría conservar su situación preponderante sino por medio de una fuerte alianza como la de Rusia, y que esta alianza para tener resultados fecundos debía tomar un carácter activo sin retroceder ante las iniciativas. «El continente europeo, decía en su parte del 5 de septiembre, me parece un compuesto de elementos químicos de distintas especies: agitándole de cierta manera y agregando determinadas substancias, se pueden producir nuevas combinaciones; pero si se le deja reposar tranquilamente y con indiferencia, se verá que las antiguas afinidades recobran sus fuerzas de atracción, y tal vez nos asombrará el mejor día encontrar otra vez todos los antiguos hilos reanudados y la vieja Europa contra nosotros. Porque es preciso no hacerse ilusiones y ver que el triunfo de nuestras armas y el buen éxito de nuestra política nos crean por lo menos tantos envidiosos como admiradores.» La conclusión del embajador era que, para prevenir los efectos de esta envidia de las potencias, era preciso unirse con Rusia con lazos sólidos é indestructibles.

Razón tenía M. de Morny para creer que solamente el gobierno ruso podía neutralizar las desconfianzas y rencores de los alemanes respecto á Francia, y que Napoleón III no obtendría resultados tangibles sino gracias á la amistad del tsar. Manifestaba verdades incontestables al añadir en el mismo pliego: «A pesar de sus recientes desastres, Rusia conserva todavía en Alemania gran prestigio. El día en que esta última crea que existe un acuerdo formal entre los dos emperadores de Francia y de Rusia, pasará por el ojo de una aguja. Si se debiese reformar alguna vez pacíficamente la carta de Europa, claro es que no se haría una modificación en provecho de Francia con el asentimiento de Alemania y que esto no sería posible sin el concurso de Rusia.

En los cuarenta y dos años que estoy en el ministerio de Negocios extranjeros, muchos pliegos y cartas han pasado por mis manos; pero no he leído otros mejores que los de M. de Morny. Ningún diplomático de carrera aventajó á este diplomático improvisado. Acabo de recorrer el conjunto de su correspondencia, y me digo que si se hubieran seguido siempre sus consejos, no habríamos sufrido nuestras desgracias. Lo que faltó á la diplomacia del segundo Imperio fué una cualidad que M. de Morny poseyó en el más alto grado, así antes como después de su elevación al título de duque: el espíritu de consecuencia. Hasta

el fin de su vida, ¡ay, demasiado corta!, fué partidario convencido de la alianza rusa, admirador y amigo de Alejandro II. Hizo inútilmente, pero con una franqueza y energía de las más loables, los mayores esfuerzos para impedir á su soberano que se indispusiese con el gabinete de San Petersburgo por una intervención imprudente y estéril en los asuntos de Polonia. Sin esta desacertada intervención, que fué un lazo tendido á Francia por Austria y sobre todo por Inglaterra, lazo que no tuvo más efectos que poblar la Siberia de proscritos y romper el acuerdo franco-ruso, los dos imperios se hubieran conservado indisolublemente unidos, y Alemania, obligada á vigilar su frontera oriental en vez de poder desguarnecerla impunemente, no habría tenido el medio de aventurarse en la guerra que tan fatal fué para Francia. Se puede afirmar que si las relaciones de Napoleón III y de Alejandro II hubieran sido aún en 1870 lo que eran en 1856, se habrían evitado todos nuestros desastres; pero en 1870 el duque de Morny no estaba allí ya para decir la verdad á Napoleón III.

Dejemos ahora la corte de Rusia y volvamos á la de Francia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

Páginas

NAPOLEÓN III Y SU CORTE

I. — El emperador en 1853.	5
II. — La emperatriz.	14
III. — Las Tullerías.	21
IV. — El palacio real.	30
V. — La princesa Matilde.	36
VI. — París en 1853.	40
VII. — El partido republicano.	43
VIII. — El partido legitimista.	46
IX. — El partido orleanista.	49
X. — El emperador Nicolás.	53
XI. — El tsar y el Imperio francés.	59
XII. — La cuestión de los Santos Lugares.	64
XIII. — La misión del príncipe Menchikoff.	69
XIV. — Saint-Cloud.	74
XV. — Dieppe.	79
XVI. — El viaje por el Norte.	83
XVII. — Compiègne.	87
XVIII. — La cuestión de Oriente.	92
XIX. — El mes de enero de 1854.	98
XX. — La declaración de la guerra.	104
XXI. — La guerra de Oriente.	111
XXII. — Biarritz.	117
XXIII. — Boulogne.	123
XXIV. — Crimea.	130
XXV. — La batalla de Alma.	135
XXVI. — Los últimos días de Saint Arnaud.	142
XXVII. — Sebastopol.	146
XXVIII. — Balacava.	153
XXIX. — Inkermann.	158
XXX. — El fin de 1854.	165
XXXI. — La muerte del emperador Nicolás.	173
XXXII. — Napoleón III y la Crimea.	180
XXXIII. — Windsor.	185